

## Riesgo, lenguaje y potencia.

Hoxe, é a última xornada que lle dedicaremos a esta *Introducción a Guerra Civil*. Despois destas catro sesións, espero que me sirvan -e vos sirvan- para non ser os decadentes ós que todo nos fire, que soportamos dosis de verdade cada vez mais reducidas e preferimos antídotos a raudales de felicidade, de sensacións coñecidas, necesitando que Un nos diga o que somos e o que queremos ser; senón desexar chegar a ser nós, sen acomodarnos a ningún tipo de confort, facendo ó noso modo un proxecto de resistencia a través de experiencia. Aceptando ou non as propostas deste Partido Imaxinario.

E hoxe para pensar e correr o risco de equivocarnos temos a Javi Turnes, xa coñecido por todos, mestre de filosofía e, xunto con Serxio, o encargado de realizar estas xuntanzas, polas que cabería darlles as grazas. El tentará amosarnos o percorrido e aportarnos o seu punto de vista sobre estes suxeitos anonónimos.

Vanessa Toba.

### El Estado moderno

El EM consiste en una reacción a la permanencia de la guerra civil, es decir, al juego de las formas de vida. El estado moderno consiste en la afirmación del carácter originario de su ruptura con todo lo que sea pertenencia presupuesta a una comunidad, a una situación, a un conjunto de vínculos, &c.

El Estado Moderno practica una epojé de lo común para fundar lo civil en los individuos particulares, concebidos como no procediendo de ningún sistema de pertenencia previo. Como si fuesen uno y otro y otro... puntos neutros, sin memoria, sin vida, sin ethos. La ley, por tanto, no tiene que respetar nada comunitario, sino más bien invadir ese orden previo y hacerlo desaparecer. Por eso dice Tiqqun que su tarea es “recomponer la unidad religiosa perdida”, ¿como?: mediante la institucionalización de la “falla entre el fuero interno y las obras externas” que pasa precisamente por “continuar las guerra por otros medios”.

La neutralidad del estado moderno se funda en la idea de saber que ya venía siendo propuesta tras la revolución científica moderna con Bacon, Galileo y Descartes: Foucault analizó muy bien estas relaciones entre saber y poder: la ciencia moderna consiste en establecer una distancia de la phýsis griega mediante un proceso cuantitativo y racional de mediación por el cálculo: saber desde la Modernidad significa saber reducir el ser de la cosa a la neutralidad de lo calculable por un sujeto, eso querían decir los racionalistas cuando afirmaban que el ser de las cosas se da en el entendimiento. Todo ser es, pues, algo reducido por una operación mental que consiste en eliminar la inefable singularidad de los entes y volcar su silenciosa presencia a una fórmula matemática. En ese sentido, decir que se conoce una cosa es equivalente a decir que menos ligado se está a ella, al mismo tiempo que es equivalente a decir que esa cosa está mucho más disponible para mí. Puedo habérmelas con ella mucho mejor ya que la he despojado de su ser y he convertido ese su ser en algo asequible a mis destrezas de cálculo.

Esto es el conocimiento y, el conocimiento -como diría Kant-, no puede determinar fines, sino que consiste en el cálculo de estrategias. Es significativo en este sentido que el

surgimiento de las compañías aseguradoras se dé en este momento en que el saber es bore todo algo que sirve para prever, para calcular los riesgos.

Si la razón es estratégica, y los fines serán más bien una cuestión pasional, no hay objetivo alguno que lo sea de tal manera que se pueda suponer compartido universalmente.

Según Hobbes, no puede haber objetivos comunes, pero sí un interés común que es precisamente el que sea posible que pueda haber cálculo de estrategias. Es decir, podemos tener objetivos distintos, pero todos tenemos que poder hacer cálculos para conseguir nuestros objetivos. Hay, por tanto, un interés común en que la situación sea tal que permita hacer cálculos, que no sea una situación de imprevisibilidad y precariedad absoluta, ahora sabemos que nuestra razón puede calcular, prever riesgos. Para esto surge la Ley, el derecho, lo jurídico: en ello se funda el Estado Moderno: en el establecimiento de esa liminaridad: afuera de la Ley, afuera de la institución queda todo aquello que no puede entrar en el cálculo de estrategias que interesa a todos: las formas de vida, los afectos, las pasiones, los acontecimientos, &c. Lo que Spinoza denominaría, ética.

Como es imprevisible hacia dónde uno, otro y otro, &c., dirigirán sus objetivos, la garantía para que pueda haber cálculo de estrategias sólo podrá proceder de una fuerza coactiva suficiente para imponer condiciones. Pero, ¿qué ocurre con lo ético? ¿qué ocurre con lo que queda fuera del cálculo? La coacción es inútil en lo ético, en las formas de vida. ¿Cómo soluciona esto el Estado Moderno? No basta entonces con una coacción exterior, es necesario penetrar en el 'fuero interno' para lograr que haya garantías. El derecho no es más que la solución a una situación límite, por eso dice Tiquun que ya el Estado Moderno es segundo en relación a la guerra civil.

¿Cuáles son las condiciones para que haya paz si sabemos que la Ley Natural nos dice que cada uno puede usar todo su poder para vivir? La idea de que puede existir un centro ético neutral:

El Pacto Social: el pacto social es esa 'ficción de la neutralidad' que se funda en la escisión entre libertad interior y sumisión exterior, entre público y privado, entre política y moral. El pacto -como todo pacto- se suscribe por miedo, pero no significa que se dé el consenso entre los que pactan. Y lo que ocurre en el pacto es que se entrega el poder de uno -su potencia- a algo o a alguien. Se constituye algo o alguien cuyos actos serán asumidos como propios por cada uno de los pactantes. Se concede la *Auctoritas* (la fuerza de uno) a un *Actor*. A algo o alguien que tenga la capacidad de que sus acciones sean como mías: alguien (máscara) actúa con mi fuerza, con mi potencia en el libre juego de formas de vida. Se entrega un poder a un representante, es decir, a aquel cuya presencia implica mi ausencia.

Por tanto, el soberano no es nadie ni nada. La ciudadanía que surge como consecuencia de ese pacto tampoco es nada ni nadie. Es una ficción, un bloom, un cualquiera, una pura pluralidad abstracta.

Y de ahí que el origen del estado sea violento, trivial y oscuro. Violento porque invade toda forma de vida anterior; trivial porque realiza una operación de ordenación de lo común artificial y innecesaria; oscuro porque el soberano inexistente -como el caballero de Italo Calvino- se esconde tras su máscara arrebatando el poder material -la nuda vida- a todos y cada uno de los pactantes inexistentes de ese pacto fundado en el temor.

Pero el Estado fracasa, se requieren nuevos medios para mantener ese cálculo de estrategias en que se ha convertido el saber y la vida humanas. Ante el fracaso y la disolución producida por el Estado Moderno -Tiqqun lo sitúa 1914-, se hiergue el imperio como regulador último de un proceso de implosión tibia. Ya no hay sujetos de derecho -aquellos que habían pactado que su ley y su derecho los protegería de sí mismos-, tan sólo criaturas de la sociedad imperial que “deben encargarse de sí mismos como seres vivientes -aquello de lo que ya están desposeídos- para poder seguir existiendo en tanto que sujetos de derecho-.

## **Riesgo y Potencia**

### **El Imperio, el Ciudadano.**

48.

El estado moderno se aparece como la historia de la lucha contra su propia imposibilidad. La imposibilidad de unificar, centralizar y neutralizar el devenir, el mundo de lo sensible: el libre juego de las formas de vida. De ahí que nos encontremos con el Imperio como ese medio hostil que consiste en la asunción de la imposibilidad esencial del Estado Moderno así como de sus medios o instancias para poder ya más que existir, sub-sistir.. Por eso dice Tiqqun que: “el imperio es el repliegue del estado liberal”. En el final del capítulo precedente, se aludía al Imperio como a la disolución de Estado y Sociedad: un armazón de normas y dispositivos por los que Uno tiene unidos los jirones dispersos del tejido biopolítico mundial, por los que se previene cualquier desintegración violenta de éste. De ahí la abolición de la diferencia entre policía y población. Es como si la institución hubiese penetrado en los sujetos. Ahora bien, esto no es un nuevo principio -el Imperio no sabe de fundamentos -ni los necesita como sí los había requerido la fundación del Estado Moderno.

El imperio no empieza donde acaba el estado moderno, sino que es su repliegue, es la última posibilidad de un sistema agotado. Una posibilidad que consiste en que “el afuera se convierte en adentro y el adentro se ilimita. Pero: Estado moderno e imperio se cruzan como dos planos de consistencia paralelos y heterogéneos. Es decir, el Imperio es el medio que hace que se viva como si la soberanía y la ley modernas, persistiesen en su legitimidad, es el disfraz, la máscara del Estado Moderno. A partir de este momento el Estado no desaparece, se vuelve *segundo* respecto al conjunto transterritorial de prácticas autónomas: las del espectáculo y las del biopoder. De ahí que digan que coexisten como dos planos paralelos:

El Imperio es la sublimación de la vocación política aberrante de la metafísica, es decir, del conjunto de conceptos y fijaciones absolutas que brotan de un temor originario al silencio del acontecer de la phýsis. El Imperio sería una especie de Frankenstein virtual que está pero no está y al que se le han ido adhiriendo todas las miserias metafísicas de la tradición occidental -técnica, cálculo, certeza, orden, &c-. De un mundo parcelado por la verticalidad de la Ley, pasamos a un espacio polarizado por la horizontalidad y arbitrariedad variable de las normas. Pero nos advierte Tíqqun que ese repliegue, ese Estado Providencia, tiene una cara B que es el Partido Imaginario, la sede de la potencia, es decir, la sede de lo menos providencial.

El Imperio sólo aparece, sólo se hace presente -como las ideas de Platón en las cosas- cuando una grieta en su práctica lo requiere: es decir, cuando eso que ya hacía imposible el EM, el irrumpir de lo finito, de la sombra y de la muerte, por tanto, de la vida, lo requiere. Cuando una intensidad, un devenir loco, una insistencia o un acontecimiento que devienen políticos lo requieren. El Imperio sería fácilmente perceptible en los medios de resurrección y de perpetuación de la vida atenuada que, con toda apariencia de confort, percibimos en los hospitales, por ejemplo, cada vez que visitamos a un enfermo. La escafandra y la mariposa.

El Estado moderno basaba su legitimidad en la ficción del pacto social, que pretendía -como diría Hobbes- la ruptura con la pertenencia a todo sistema de vínculos entre las formas de vida aludiendo a la idea de ley natural, es decir, a la idea de que: de no haber paz, nos podemos defender con todos los medios que estén a nuestro alcance (es decir, podemos utilizar “todas las ventajas de la guerra”) Lo Jurídico permite que se dé la garantía de un cálculo de estrategias constante a costa de la pérdida de todo aquello a lo que aludimos hace un momento: a costa de la escisión entre: lo público y lo privado, zoé y biós, entre ética y política, en definitiva. El Estado Moderno es la ficción racional que cree que de ese modo se eliminará la situación de imprevisibilidad absoluta a la que se encuentra la existencia humana. El libre juego de formas de vida.

La unificación, centralización y neutralización -vía policía y publicidad- eran los fines de ese Estado que nace de un pacto que en el fondo no pacta nada ni nadie -laicidad-. Ante lo obvio de la imposibilidad de establecer un sistema de cálculo permanente a expensas de toda forma de vida, el Estado moderno se repliega en Imperio como su última posibilidad.

El Estado Moderno es el resultado histórico de un problema metafísico que tiene que ver con la imposibilidad de apropiación de lo impropio, del Afuera, de la caída y pérdida constante que supone la existencia. Del arrojamiento constitutivo del que hablaba Heidegger. Un movimiento que siempre termina en fracaso, un fracaso que nadie está dispuesto a asumir. Para Tíqqun, siguiendo su lógica-paradójica, el fracaso precisamente es el resultado ontológico y político del intento de olvidar ese fracaso.

La palabra “riesgo” aparece varias veces a lo largo del libro. Ni el Estado Moderno, ni el Imperio toleran el riesgo. El Estado e Imperio no toleran el riesgo porque el ser humano moderno no tolera el riesgo. El bloom, el ciudadano, ese ser que tan sólo es ya una criatura que debe avituallarse de una infinidad de mecanismos mezquinos y miserables para poder decir que apenas vive, ese ser ha generado un lenguaje y un mundo que son el resultado de un proceso que se llama Occidente. Ese lenguaje formado por conceptos como Sustancia, Causa, Entendimiento, Voluntad, Sujeto, &c., se ha generado como intento de resolución

de la antinomia entre lo individual y lo universal, entre la vida y el pensamiento, entre la idea y la sensación &c. Y ese lenguaje genera un mundo.

Veamos; la palabra piedra, nombra a todas las piedras, indiferentemente, en cuanto que supone el propio significado universal en lugar de las piedras singulares. Por tanto, la palabra transforma la singularidad en miembro de una clase, cuyo sentido define la propiedad común, su condición de pertenencia. De aquí surge una paradoja que es el propio lenguaje: una clase que pertenece y no pertenece a sí misma: puesto que el ser lingüístico (el ser dicho) es un conjunto (la piedra) que al mismo tiempo es una singularidad (la piedra, una piedra, esta piedra), la condición de pertenencia nunca puede llenar el abismo que se da entre la cosa singular y su nombre (siempre inevitablemente) general.

Creo que es precisamente por eso por lo que Tiquun utiliza siempre esa lógica-paradójica en su texto que consiste en algo así como convertir los atributos en sujetos<sup>4</sup>. Ese es el movimiento auténticamente revolucionario de estos libros: la comunidad que Tiquun propone requiere de un trato nuevo y diferente con el tener lugar del lenguaje: ese es uno de los motivos por lo que estos libros son geniales, porque producen una transmutación del lenguaje -recogiendo así aquello que ya iniciaran Deleuze y Guattari-. La comunidad sólo puede surgir de un lenguaje común, de un nombrar común: un mundo, sólo puede surgir de un nombrar común. Como cuando éramos niños o como cuando sólo un grupo de amigos saben a qué se refieren cuando utilizan tal expresión, o cuando en la complicidad -del amor, también de la amistad- determinadas formas absurdas adquieren sentido.

En su afán de dominación, el Estado Moderno ya se había apoderado de los nombres mediante esa metafísica policial, pero con el Imperio y sus fauces que son el biopoder y el espectáculo, ese poderío sobre el nombrar -recordemos a Aristóteles y su zoon logón- ha alcanzado zonas íntimas y milimétricas. Instantáneas. ("el imperio tiene el monopolio de la denominación"). Por eso hablan de una dominación imperial neo-taoísta y su orden de las denominaciones: ese orden que incita a los inferiores a seguir la misma vía que los amos. No nos sobraría pensar las relaciones entre Lenguaje y Formas de Vida en Tiquun.

49.

Si forzamos esta interpretación: que la soberanía es el nombrar, en el Estado Moderno todavía era ficticia, pero personal, es decir, todavía se le podría cortar la cabeza al rey en caso de que éste no fuese garante de nada, es decir, en caso de que fuese ineficaz e ilegítimo; pero la soberanía imperial es pragmática e impersonal. Los representantes políticos no tienen nada que temer porque el Imperio no dice su Afuera, no nombra a sus enemigos, antes bien, no discrimina a priori ninguna forma de vida. Eso es la democracia: la atenuación hasta tal punto de toda forma de vida, que el representante político nada tiene que temer: todas las formas de vida están atenuadas simultáneamente así como su libre juego en esa atenuación. Tan sólo se da hostilidad.

Tiqqun habla del problema de la representación y de “esa operación temible de la teología cristiana”: Cristo o el icono no manifiestan la presencia de Dios, sino, su ausencia esencial. En el Estado Moderno, el soberano personal no lo es sino en la medida en que de él la sociedad civil, ficticiamente, se ha retirado. El Estado Moderno se concibe pues como esa parte de la sociedad que no forma parte de la sociedad, y que, por eso mismo, se halla en condiciones de representar.

La idea democrática que no profesa sino la equivalencia de todas las formas de vida, no es distinta de la idea imperial. La democracia es imperial en la medida en que la equivalencia entre las formas de vida no puede ser establecida más que negativamente, por el hecho de impedir por todos los medios que las diferencias éticas alcancen su juego en el punto de intensidad en que devienen políticas. Eso introduciría ocurrires por los que la equivalencia entre las formas de vida se vería arruinada. Y es que en la verdadera democracia el Estado político desaparecería.

Ahora, el Imperio no se comprende fuera del giro biopolítico del poder. Al igual que el biopoder, el imperio designa una absorción, la retracción de la antigua soberanía sustancial. El poder ha circulado siempre en dispositivos materiales y lingüísticos, cotidianos, familiares, microfísicos, ha atravesado siempre la vida y el cuerpo de los sujetos.

El biopoder es la sublimación del poder. Pero el biopoder consiste en que no haya más que esto. Consiste en que el poder no sea ya aislable de la sociedad. Quiere decir: el poder adherido a la vida, y la vida al poder.

El Biopoder practica individuaciones -del cuerpo, gestos, lenguaje-. Trabaja fundamentalmente, pero no exclusivamente, sobre el cuerpo y su miedo a morir. El efecto perseguido es el apego a la supervivencia, como si se sobreexcitase la pulsión de autoconservación.

En el mundo del nihilismo consumado, en la planicie de la pura inmanencia carente de transcendencia, reina una escisión radical entre el tiempo del cosmos y el tiempo de la vida. Este abismo no se acorta por más que se prolonguen los años de vida de cada cual. Como si estuviésemos decepcionados por esta noticia, la reacción compensatoria (alimentada, estimulada, por el Biopoder) es hipertrofiar la pulsión de vida, de autoconservación. La pulsión de muerte queda polarizada hacia el exterior, intensificando, simultáneamente, la autoafirmación individual e individuante, y reservando la pulsión de muerte para el otro, que se convertirá en un hostis.

Esta hipertrofia de la pulsión vital, nos hace incapaces de relacionarnos con nuestra pulsión de muerte de forma ordenada y de referirla a nosotros mismos. La hipertrofia autoconservadora es una soberanía capturada, apropiada, e intensificada, por el Biopoder, que pretende hacer durar una forma de individuación, tanto más intensa cuanto más en peligro nos sintamos. La ambivalencia pulsional insalvable e irreconciliable que se da en el seno de la existencia humana, es aprovechada por el Biopoder para sus fines. La preocupación por una constitución individual fuerte e inequívoca genera angustia como

única identidad. Surge el afecto desmedido por nuestra propia forma de ser, y el odio al otro. Dice Tiqqun que el hombre moderno, al no poder asumir su non-pertenencia fundamental a este mundo, a la contingencia radical, lo que llaman “las consecuencias de una situación de exilio”, se aboca al consumo frenético de signos de pertenencia, a los que esta sociedad pone un precio altísimo. El principal signo de pertenencia, más allá de las identidades civiles asignadas, es nuestra individuación corporal, física, psíquica, material: nuestra forma de vida.

El imperio no existe más que en crisis. El imperio no existe más que cuando detecta una interrupción de ese consumo frenético de signos de pertenencia y una forma de vida atenuada cobra intensidad por sí misma. Algo se manifiesta extraño al imperio. Ello define una situación de crisis a la que el imperio responde con un estado de excepción. Ahí el imperio existe. No hay aquí más que actos de gobierno igualmente negativos. Esto es el terror. Al igual que ya no hay ciudadanos sino gestos de ciudadanía. [50] El imperio no sobreviene al término de un proceso civilizatorio sino al término de un proceso involutivo de desagregación: como aquello que debe frenarlo. El imperio es el último bastión contra la irrupción del caos. [51] El imperio es la última parada de la civilización. El imperio está más en marcha cuanto más crisis hay en todas partes. La crisis es el modo de existencia regular del imperio, como el accidente es el único momento en que se acelera la existencia de una compañía de seguros. La temporalidad del imperio es una temporalidad de la urgencia, de la catástrofe [52]

53.

El estado de excepción es el régimen normal de la ley.

Ya no hay en ninguna parte afuera visible -naturaleza, crimen, proletariado, &c.- puesto que ya hay por todas partes, en cada punto del tejido biopolítico, algo de afuera. La locura, el crimen, &c., ya no tienen su mundo fuera del mundo, sino que laten sospechosamente en cada cuerpo. No es que el biopoder pretenda regir directamente sobre hombres o cosas, sino más bien sobre *posibilidades y formas de posibilidad*.

Todo lo que volvería a salir al Afuera, la ilegalidad, la miseria, la muerte; en la medida en que Uno las gestiona, sufren una integración, que las elimina positivamente y les permite volver a la circulación. Es porque la muerte no existe en el seno del biopoder, porque ya no hay más que asesinato, que circula.

La *liminaridad* (ritos de transición) se ha convertido en la condición íntima de todo lo existente.

La Ley fija parcelaciones, nombra, no deja de nombrar, dice su afuera. La exclusión de aquello que lo funda (hobbes.- la soberanía, la violencia) es su gesto fundador.

Del lado opuesto:

La Norma ignora hasta la idea de una fundación. No tiene memoria, se mantiene en una relación muy estrecha con el presente, pretende desposarse con la inmanencia.

Mientras que la ley se da forma, glorifica la soberanía de aquello que no está incluido en ella -lo sagrado-; la norma es acéfala y se felicita cada vez que uno le corta la cabeza a un soberano.

Aquí nadie es excluido o rechazado en una exterioridad designable; el mismo estatuto de excluido no es más que una modalidad de la inclusión general.

Un régimen de integración sin límite que trabaja para contener las formas de vida en un juego de baja intensidad.

El partido imaginario es el afuera de un mundo sin afuera. La discontinuidad alojada en el corazón de un mundo convertido en continuo. El partido imaginario es la sede de la potencia.

Nada ilustra mejor la forma por la que la norma ha asumido la ley que la manera con que los viejos estados territoriales han abolido sus fronteras. La renuncia al atributo más sagrado del estado moderno alude a la posibilidad permanente de su restauración en función de las circunstancias.

54.

Una última parada que ya conoce lo que no ha funcionado. Estamos hablando de la institución. Porque la institución todavía recuerda demasiado lo estático el estado moderno, su decir quiénes son amigos y quiénes enemigos. El imperio funciona mejor en la hostilidad: esa sensación que rezuman, precisamente, todas las instituciones. El imperio consiste en la proliferación de normas y dispositivos, mucho más versátiles, mucho más asequibles por todos, mucho más democráticos. Pero, también, profundamente hostiles: la hostilidad de los profesores, la hostilidad de los funcionarios, la hostilidad de los médicos, la hostilidad de los empleados de banca, en la guardia civil, &c.

La sociedad imperial es una inmensa articulación de dispositivos que inerva de una vida eléctrica la inercia fundamental del tejido biopolítico.

El imperio es lo que asegura la eliminación de las resistencias a la circulación: la supraconductividad social. El imperio no tiene centro: es quien hace que cada nudo de su red pueda ser uno.

Hay zonas de aplastamiento donde el control imperial es más denso. Donde la población no se distingue de la policía.

Inversamente, hay zonas donde el Imperio permanece ausente.

A diferencia del estado moderno, el Imperio no pretende ser la cosa más alta: pretende más bien sólo ser el último resorte de cada situación. También está presente aún ahí donde está efectivamente ausente: por su retirada misma (parque natural) Se mantiene en cada punto del territorio, en el espacio que hay entre la situación normal y la situación excepcional. Puede su propia impotencia.

(la institución y la ley)

La institución y la ley están desterritorializadas, por principio abstractas. Se distinguen de la costumbre, siempre local, siempre impregnada éticamente, siempre susceptible de contestación existencial. A la que la institución y la ley ha arrebatado el sitio en todas partes.

La institución, como la ley, establece particiones, nombra para separar, para ordenar, para poner fin al caos del mundo, o más bien para contener al caos dentro de un espacio delimitable, el del crimen, la locura, &c

El imperio ignora la lógica abstracta de la ley y la institución. No conoce más que normas y dispositivos. Estos son locales, están en vigor en tanto que funcionan empíricamente. Su porqué y su origen no están en ellos sino en un conflicto.

Lo esencial no reside por tanto en una proclamación liminar de universalidad, que pretendiera a continuación hacerse respetar en todas partes; ahora la atención se apoya sobre las operaciones, sobre la pragmática. Se da una totalización que no nace de una voluntad de universalización: se hace por la articulación misma de los dispositivos, por la continuidad de la circulación entre ellos.

Bajo el imperio se asiste a la proliferación del derecho. Aceleración crónica de la producción jurídica:

la ley, bajo el reino de la norma, no es más que una forma entre las demás. Es una técnica de gobierno, nada más que una manera de poner término a una crisis.

Derecho: arma más en el despliegue universal de la hostilidad. Los blooms sólo se tratan bajo el lenguaje del derecho. Son polis y médicos.

55.

Definición de ciudadano: es todo cuerpo que haya atenuado su forma de vida hasta hacerse compatible con el imperio. Es decir, alcanzar una identidad tal -una diferencia tal- que pueda ser gestionada imperialmente. Una identidad tal, una diferencia tal que entre dentro del catálogo de individuos, de subjetividades transitorias y desechables que el mismo imperio genera. “Un libre juego de los simulacros”.

Algunos filósofos contemporáneos como Michel Foucault, Hannah Arendt, María Zambrano y Giorgio Agamben, entre otros, coinciden en señalar que el peligro que amenaza a la sociedad contemporánea es el vaciado de sentido de lo que comunmente se denomina ciudadanía y su sustitución por un despojo. La efectividad de los derechos del hombre se desvanece cuando nos encontramos con hombres que pierden toda cualidad (política, civil, legal) excepto la de ser simplemente humanos. Estos meros seres humanos, que adquieren las figuras del refugiado (H. Arendt), del exiliado (M. Zambrano), del infame (M. Foucault) o del recluso de un campo de concentración (G. Agamben), saturan a diario nuestros sentidos con tan sólo echar una mirada a lo que ocurre en los “campos” de la antigua Yugoslavia, Guantánamo, en las salas de espera de los aeropuertos, en los campos de internamiento de inmigrantes ilegales, en los campos de refugiados, &c.. En tales espacios se produce un estado de excepción del orden jurídico puesto que quien entra en ellos es despojado de cualquier condición política y reducido integralmente a su mero existir físico, a su simple y pura vida como ente biológico. La política se torna biopolítica y el poder se convierte en biopoder que tiene ante sí el despojo de un ciudadano a su disposición para ejercer un dominio extremo sobre la vida y la muerte. La soberanía perfecta. El imperio es el despliegue ilimitado de este espacio que despoja al ser humano de todo lo que no sea simple vida, simple zoé. La unidad del imperio es la uniformidad mundial de las formas de vida atenuadas que produce la conjunción del espectáculo y el biopoder. Nada nos prohíbe ser un poco punk, un poco su majestad con tal de que esas transgresiones permanezcan soft.

Todas las rivalidades han desaparecido, y una sola forma de competición preocupa en el presente: ofrecer el mejor espectáculo de belleza y encanto.

56.

Ser ciudadano es lo mismo que ser ciudadano del imperio.

El riesgo con mayúsculas ante el que el imperio propone a cada instante normas y dispositivos es a que una forma de vida se haga intensa. A que un simulacro deje de ser tal y que de ese cascarón aflore una forma de vida -como la de Gregorio Samsa-. El imperio

pone todos sus medios a disposición de que no tengamos virtud (Spinoza) que consiste en “el esfuerzo mismo por conservar el propio ser”. Spinoza nos dice que esta virtud debe ser apetecida por sí misma, y que los que se suicidan son de ánimo impotente. Pues bien, el ciudadano es un suicidado en vida. Es un riesgo, una posibilidad no deseable que el ser humano sea virtuoso en este sentido: el ciudadano desea ser feliz, obrar bien y vivir bien; pero ese es el nivel de los simulacros. Lo que el imperio no se puede permitir jamás es que los sujetos, antes que esa felicidad y bondad; deseen ser, obrar y vivir a secas. Antes de cualquier formulación ofrecida, se trata de empuñar la simple vida, porque será de esa heroicidad de donde puedan salir formas. Digamos que es como que el imperio también se ha apropiado de la inmanencia, de ahí que el adentro se haya ilimitado. El biopoder es la apropiación por parte del imperio de la inmanencia del vivir humano. Esto es el humanismo imperialista. El totalitarismo de las formas de vida.

El término ciudadano no pertenece al lenguaje de la ley sino de la norma. La llamada al ciudadano es una práctica de urgencia, una situación de excepción. Nunca es una llamada al sujeto de derecho sino la conminación hecha al sujeto de derecho a salir de sí y entregar su vida: a ser más que un sujeto de derecho para poder seguir siéndolo.

#### 57. (Deconstrucción)

Retornando al tema del lenguaje y su dominio por parte del Imperio, se alude al único pensamiento compatible con el aquel: ese que planea y ejerce su dominio exclusivamente sobre el lenguaje y los textos, renegando de la relación entre pensamiento y vida: la deconstrucción. Cuyo modo es el de disolver y descualificar intensidades y no producirlas nunca.

Su blanco: todo lo que en el pensamiento se hizo algún día portador de intensidad.

El deconstructor intenta asumir su finitud con la bravuconada de encerrarse en el círculo cerrado de las realidades que aún le tocan porque comparten su grado de evaporación: los libros, los textos. Ve en lo que lee no algo que pudiera relacionarse con su vida, sino un tejido de referencias a lo que ha leído ya.

Militancia de la ausencia.

Llamar fascista a cualquier consecuencia vivida del pensamiento, cualquier gesto.

58.

La guerra civil, por tanto, es un riesgo para el Imperio. Es el antes de su antes. Y el riesgo es algo que hay que gestionar. -como en las cárceles, según apunta Coupat en su entrevista para Le monde-.

En qué consiste el riesgo: pues de nuevo en la potencia que se haya en todas partes en acto en tanto que potencia; es decir, en no poder prever, predecir la línea de fuga de las formas de vida. En la existencia en forma de inminencia imprevisible, de irrupción que no acaba de irrumpir, de emergencia todavía no visible. Porque las inclinaciones, los deseos de perseverar en el ser, el clinamen; no son predecibles por naturaleza: cifran una causalidad sin destino (Deleuze). Tienen que ver más con los verbos que con los nombres, con la manera de ser, con algo que nunca es acto, nunca efectuado, sino sólo en acto en la medida en que es potencia. Es el orden de los acontecimientos lo que es un riesgo. Los acontecimientos no entran en el cálculo de estrategias, no entran en la razón, demasiado estatal, demasiado racional.

La policía no está para poner orden sino para gobernar el desorden. Se trata de esa paz armada cuyo resultado es una guerra totalmente muda y continua. Que el enfrentamiento no tenga lugar, que todo acontecimiento sea conjurado.

59.

Entienden el Imperio como una red donde cada cual es un nudo, un electrodo, un elemento de conductividad social de la norma. Esa ultraconductividad no se puede interrumpir, de ahí que una intensidad que interrumpa el flujo constante en la red, será decretado culpable. Y Todos somos sospechosos. Como nadie está nunca bastante despersonalizado como para conducir perfectamente los flujos sociales, cada cual está ya siempre en falta con relación a la norma. Falta blanca. Esta es la condición moral del ciudadano bajo el imperio y por eso no hay ciudadanos sino pruebas de ciudadanía.

“Las solidaridades distendidas son los vínculos lánguidos con los que está tejida la sociedad imperial.”

60.

De nuevo la potencia: en el Imperio se trata de detener el orden de la potencia y bajo la bandera de la prevención se aparece el derecho de injerencia universal del Imperio.

Prevenir todo salto de intensidad en el juego de las formas de vida por lo que lo político podría ocurrir. Que nada pase, que nada pase, cualquiera puede ser enemigo del Imperio.

El enemigo de Imperio es el interior. Es el acontecimiento. Es todo lo que podría pasar, y que pondría en apuros el entramado de normas y dispositivos. Así, el enemigo está lógicamente presente por todos lados bajo la forma de riesgo.

El mantenimiento de una cierta confusión permanente en lo que respecta a los reglamentos en vigor, a los derechos, a las autoridades y a sus competencias, parece vital para el Imperio. Es esta confusión lo que le permite poder usar, en un momento dado, todos los medios.

66.

El Imperio en suma, no se opone a nosotros como un sujeto que nos hiciera frente, sino como un medio que nos es hostil.

**Una ética de la Guerra Civil.**

No hemos de olvidar, que en ese confortable y atenuado estado comatoso en que se encuentra el ciudadano-bloom, lo que de algún modo ahí persiste todavía es su vida, su cuerpo y, haciendo suya la frase spinoziana acerca de que no sabemos lo que puede un cuerpo, muy a su pesar, el imperio también desconoce ese poder. Sabe que existe, sabe de su riesgo, intenta erradicar *cualquier* rastro de analogía, de phýsis a través de su codificación, digitalización y trazabilidad; mas no sabemos lo que puede un cuerpo. Y hay cuerpos que no quieren atenuar su forma de vida, hay nudos que se resisten a la conductividad, hay electrodos que no funcionan, venas que no aceptan ninguna vía de suero ya. Anomalías. Puntos de opacidad que llenan a los ciudadanos-polis de terror y odio (ambas pasiones tristes).

El maniqueísmo del imperio fuerza una dicotomía aberrante: la de su humanidad radiante y formateada; y “nosotros”, una masa de mundos. Todos los que siguen su línea de fuga, su inclinación, su clinamen, su conatus, los que permanecen en el contacto con su propia potencia. Éstos constituyen el plan de consistencia fragmentado del Partido Imaginario. Son el enemigo cualquiera, descatalogados, que permanecen frente al resentido, al intelectual, al injertado, al neurotizado, en definitiva: frente al ciudadano-poli.

Para el PI, todo lo que tolera el Imperio es excaso e insuficiente (las palabras, los amores, los rostros). Tan sólo más cadenas para esa posición desgarrada, para ese hostis enmascarado. Es debilitador que el hostis y el enemigo se confundan.

El PI no tiene nada que decir al Imperio ni al ciudadano, porque no hay nada en común. La hostilidad -el verdadero enemigo- ha de ser reducida, destruída. Cómo? Extendiendo el dominio ético-político de la amistad y la enemistad. Se trata del libre despliegue de amistades y enemistades en un plano en el que se vuelven legibles. Este es el devenir real del PI.

Así, Tíqqun, es el proceso de asunción diferencial de las formas de vida. Nadie es competente para mí. Se trata de encarnar la propia potencia, la propia inclinación y que en ese devenir surjan la comunidad, los amigos, los enemigos. Que todo acto, toda conducta, todo enunciado con sentido se inscriba en su comunidad, en su partido. Que cada cosa, cada acontecer, cada gesto tome lugar en su significación inmanente: “que el mundo es práctico, que la vida es heroica en todos sus detalles”.

Tíqqun persigue una metafísica particular, por tanto, una lengua particular, por tanto un mundo que porte un ethos y luche contra la expropiación del lenguaje en favor de la comunicación simbólica del Espectáculo que tiene como finalidad sistémica que las demandas hechas al sistema sean justo aquellas que el sistema pueda atender.

La forma de vida -como bien sabían los estoicos, también los epicúreos- se relaciona con la serenidad, con el encuentro del final de la forma de vida, para dejarla muerta tras de sí y así pasar a otra, &c. Ganaremos en espesor, en experiencia -no ya en experiencias-, aprenderemos a desprendernos de una determinada imagen de sí, de una máscara, de una representación. De un no estar donde estamos.

Hay una medicina política para ese estado comatoso ante el que nos encontramos a cada instante de nuestra cotidianidad social: sustituir la nuda vida por la forma de vida: sustituir la indiferente entrega al Imperio, al Lenguaje, por el asimiento de eso que pretende sernos arrebatado y que tan sólo a nosotros pertenece: el mundo, la amistad, la vida, el amor, el arte, la fiesta, &c.

De nuevo Nietzsche: toda agregación ética es una máquina de guerra que sólo hace la guerra creando. Una creación que no puede comenzar sino por la lengua, para destruir de una vez ese imperio de las denominaciones -violencia, ética, democracia, derecho, vida, &c-

Destruir la muerte cotidiana, esa traición constante a nuestra forma de vida, a nuestro cuerpo, a nuestra potencia de vivir y luchar.

1“la economía está en nosotros” por “nosotros somos la economía”

“la inmigración es un problema” por “nosotros somos la inmigración”

“catástrofe medioambiental” por “la catástrofe es el medioambiental”